

## ***Conciencia femenina y movilización: la mujer trabajadora en la protesta social***

*Female consciousness and mobilization: working women in social protest*

Óscar López Acón\*

Universidad de Zaragoza

Resumen: La presente comunicación tiene por objeto el aproximarse a la realidad de la presencia femenina en la protesta social no institucionalizada en las postrimerías del siglo XIX y primer tercio del XX. La exhibición de la “feminidad” por parte de algunas mujeres que se lanzaron a la protesta, como ya planteó Temma Kaplan, constituyó un arma que les permitió ocupar un espacio que no era el suyo; sin embargo, la agencia de estas mujeres reproducía el orden de género al tiempo que lo desafiaba. Desde una perspectiva de la historia de las mujeres y el feminismo, la rebeldía y afirmación de tantas mujeres obliga a repensar la forma dialógica en qué se construyen las identidades de clase y género.

Palabras clave: conciencia femenina, Temma Kaplan, acción colectiva, experiencia.

Abstract: *The present communication aims at approaching the reality of female presence in the non-institutional social protest at the end of the XIX<sup>th</sup> century and the first third of the XX<sup>th</sup>. The femininity exhibited by some of the women who launched themselves into protest, as was already pointed out by Temma Kaplan, constituted a weapon that enabled them to occupy a place which wasn't their own. Nevertheless, these women's agency reproduced the order of gender and, at the same time, it defied it. From a point of view of women's history and feminism, the rebellion and statement of so many women forces us to rethink about the dialogical way in which class and gender identities are built.*

Keywords: *female consciousness, Temma Kaplan, collective action, experience.*

---

\* El presente trabajo ha sido desarrollado gracias a un contrato predoctoral DGA, Departamento de Innovación, Investigación y Universidad del Gobierno de Aragón y Programa Operativo FSE Aragón 2014-2020.

## Conciencia femenina y movilización: la mujer trabajadora en la protesta social

«—¡Ah, los miserables! —rugió “la Quemada”, retrocediendo. Todos volvían a la carga, despreciando la muerte. Las mujeres se precipitaban delante, capitaneadas por la Maheu y la Lavaque, que no dejaban de chillar.— ¡Matadnos, matadnos! A pesar de todo, hemos de defender nuestro derecho. Lavaque, a riesgo de cortarse las manos, había cogido tres o cuatro bayonetas por la punta, y tiraba de ellas como para arrancarlas de los fusiles».

Émile Zola, *Germinal*, 1885<sup>1</sup>.

En 1929 Ortega y Gasset escribía en “La Rebelión de las masas” «que la muchedumbre se había hecho visible (...) ya no había protagonistas: solo coro». Ortega estaba describiendo la irrupción de la sociedad de masas en las postrimerías de los años treinta<sup>2</sup>. Lo cierto es que las mujeres no fueron ajenas a esta irrupción de las masas en el proscenio de la historia; de hecho, no lo habían sido desde la Revolución francesa, cuando estuvieron presentes en todos los grandes escenarios, tocando a arrebato y haciendo llamamientos a la movilización, adquiriendo un protagonismo insoslayable y precipitando acontecimientos históricos tan decisivos como la marcha a Versalles en 1789. Las mujeres nunca estuvieron fuera del espacio público de la protesta. La presencia femenina en la protesta popular de corte “tradicional” salta al primer plano de la historia hasta el punto en que es posible considerarla un vector de la misma<sup>3</sup>.

La protesta constituye un hecho excepcional por cuanto que rompe el devenir cotidiano. Se presenta, asimismo, como un observatorio privilegiado para aprehender formas de identidad colectiva, comportamientos rituales y discursos de las clases populares; sin embargo, es en la esfera de lo privado donde se interiorizan los roles sociales y sexuales, donde se manifiestan las ideologías, y donde se asumen los valores

---

<sup>1</sup> ZOLA, Émile: *Germinal*, Barcelona, Océano, 1982 [1885], p. 429.

<sup>2</sup> ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*, con introducción de Julián Marías, Barcelona, Austral, 2017 [1929, 1ª Ed. 1937], p. 82.

<sup>3</sup> RUDÉ, George: *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 2009 [1964], pp. 113-129. TILLY, Charles, TILLY, Louise y TILLY, Richard: *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997 [1975], pp. 65-71. LUCEA AYALA, Víctor: «Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX», *Ayer*, 47 (2000), pp. 185-207.

que se manifiestan y defienden de puertas afuera<sup>4</sup>. El análisis de la protesta social constituye un prisma desde el que aprehender la realidad de las relaciones de poder, relaciones las más de las veces de subordinación y acomodación, pero otras de lucha y negociación. Los sujetos históricos no son pasivos, aunque están insertos en marcos políticos, sociales, económicos y culturales que los constriñen. Como plantea Joan Scott, la historia de las mujeres siempre es política; ya que no es posible separar la política de las relaciones de poder, los sistemas de creencias y prácticas. La política adquiere resonancias múltiples y las fronteras se difuminan<sup>5</sup>.

La acción colectiva es, ante todo, un espacio para la agencia humana, pues como señala Víctor Lucea «cuando la gente protesta y sale a la calle lo hace no solo porque en su tiempo se da una determinada estructura socioeconómica, sino también poniendo en juego valores, ideas, creencias, rituales, símbolos e interpretaciones culturales»<sup>6</sup>. En este sentido, Thompson ya planteó las nociones legitimistas que justifican la acción directa de los hombres y mujeres ingleses del siglo XVIII. Las mujeres siempre estuvieron presentes defendiendo los valores y normas consuetudinarias que daban sustantividad a la economía moral. Una de las razones del papel activo de estas se debía al hecho de que eran las más involucradas en la compra y venta cara a cara en el mercado, y, por tanto, las más sensibles a las subidas de precios. La mujer podía ser asalariada y trabajadora doméstica, era la principal compradora de provisiones, y se encargaba de realizar toda clase de tareas no retribuidas. La magnitud y la importancia manifiesta de su papel, así como sus múltiples responsabilidades, le confería autoridad en la unidad doméstica y respeto en la comunidad: «su trabajo era indispensable y ella lo sabía muy bien». De nada sirve aplicar aquí la categoría de igualdad, pues estaríamos cayendo en un ejercicio de presentismo; en la esfera del derecho, la religión y la propiedad, la mujer estaba

---

<sup>4</sup> THOMPSON, Edward P.: «Folclore, antropología e historia social», *Historia Social*, 3 (1989), pp. 81-102, esp. 85-86. DOLORES RAMOS, María: «Historia social: un espacio de encuentro entre género y clase», *Ayer*, 17 (1995), pp. 85-103. SCOTT, Joan W.: «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en AMELANG, James S. y NASH, Mary (eds.), *Historia y Género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 23-56.

<sup>5</sup> SCOTT, Joan W.: «La historia de las mujeres», en BURKE, Peter (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 59-88, esp. 83-85.

<sup>6</sup> GIL ANDRÉS, Carlos: *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002, p. 30. LUCEA AYALA, Víctor: *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, pp. 35-36.

subordinada; pero, en la economía de la unidad doméstica los términos que necesitamos son autoridad, valía y respeto. Las mujeres eran las que custodiaban la supervivencia de la unidad doméstica<sup>7</sup>.

### **“Armas propias”: mujeres autorizadas y conciencia femenina**

La vida de las mujeres de clases bajas giraba en torno a su trabajo como recolectoras y distribuidoras de los recursos sociales de la comunidad, trabajasen o no como asalariadas fuera de sus casas<sup>8</sup>; realizaban trabajos asociados a conservar la vida<sup>9</sup>, es lo que Londa Schiebinger denomina «ciencia de la economía doméstica»<sup>10</sup>. De la aceptación del sistema de género tradicional por parte de las mujeres, con la inherente división del trabajo, dimana lo que Temma Kaplan denomina «conciencia femenina». Pero ellas no solo aceptaban estos deberes, sino también los derechos que sus obligaciones llevaban consigo. Un «sentido de comunidad y solidaridad» emerge de las rutinas compartidas que unen a unas mujeres con otras dentro de su clase y su vecindario. La proximidad física como la que tiene lugar en las plazas, lavanderías, mercados, entradas de iglesias contribuye al poder de la comunidad femenina. Estas redes laxas eran las que mostraban su fuerza en el momento de la acción colectiva<sup>11</sup>.

Las mujeres construyen espacios propios donde poder hablar en voz alta, donde expresan y encuentran respaldo a sus pensamientos. Es lo que el antropólogo James

---

<sup>7</sup> THOMPSON, Edward P.: «La economía moral revisada», en *Costumbres en Común*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 294-393, esp. 355-365. WIESNER, Merry E.: «¿Buhoneras insignificantes o mercaderas esenciales? Las mujeres, el comercio y los servicios en Núremberg durante la Edad Moderna», en DUBY, George y PERROT, Michel (dirs.): *Historia de las mujeres en Occidente. Vol. 3. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 177-189.

<sup>8</sup> Aunque su experiencia presenta un aspecto multidimensional, hasta el punto de que solo es posible formular una suerte de abstracciones, conviene recordar la categoría de «doble presencia» para denotar la participación de las mujeres tanto en la esfera de la producción como de la reproducción. BORDERÍAS, Cristina y PÉREZ-FUENTES, Pilar: «Mujeres, trabajos y economías familiares en España (siglos XIX y XX)», en BORDERÍAS, Cristina (ed.), *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Barcelona, AEIHM-Icaria, 2009, pp. 269-308. BORDERÍAS, Cristina y CARRASCO, Cristina: «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas», en CRISTINA, Borderías (ed.): *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona, Icaria, 1994, pp. 15-109, esp. 17-18, 74-80 y 88.

<sup>9</sup> El trabajo de reproducción como cimiento de todo el sistema político y económico fue subrayado por FEDERICI, Silvia: *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013, pp. 51-58, 61-62 y 154-158.

<sup>10</sup> SCHIEBINGER, Londa: *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*, Valencia, Cátedra-Instituto de la Mujer. Universitat de Valencia, 2004, p. 157

<sup>11</sup> KAPLAN, Temma: «Conciencia femenina y acción colectiva, el caso de Barcelona, 1910-1918»..., pp. 267-296.

Scott denomina «discurso oculto de los grupos subordinados». Se trata de un acto de afirmación directa frente al poder, un producto social, resultado de las relaciones de poder entre los subordinados; en este caso, frente al sistema de género dominante. La idea fundamental es que una subcultura de la resistencia forzosamente es un producto de la solidaridad entre subordinados. El discurso oculto no existe en forma de pensamiento, existe en la medida en que es practicado, articulado, manifestado y diseminado dentro de los espacios sociales marginales; es una conquista de la resistencia<sup>12</sup>. Si en el mundo de la cultura obrera masculina hablamos de la importancia de la taberna —incluso de la capilla metodista, en el caso inglés— como espacios de sociabilidad; para las mujeres son los espacios ligados a su trabajo, la algarabía y el alboroto de los lavaderos o arroyos, los chistes y rumores en el mercado, espacios de encuentro femenino, en suma, que son considerados tabúes para los varones<sup>13</sup>. Entre las comunidades mineras estudiadas por Pilar Pérez Fuentes, algunos maestros llegan incluso a quejarse del «bullicio que de continuo forman las mujeres en los lavaderos, resultando todo ello conversaciones inmorales y palabras soeces y que los niños han de procurar oírlo»<sup>14</sup>.

El motín no era una forma espasmódica e irracional sino un complejo comportamiento colectivo con específicas prácticas y estrategias acorde a lógicas internas propias de cálculo y oportunidad política. Cuando las mujeres toman parte en la revuelta, vetadas como estaba de los asuntos públicos, están irrumpiendo de lleno en la política local, y ahí ejercen una eficacia gestual contundente y explícita al actuar de modo diferente a los hombres. En la protesta, explica Arlette Farge, las mujeres establecían su «identidad pública, aquella de la que carecían en tiempos normales», convirtiéndose en «representantes de la comunidad» para defender las costumbres agredidas o los intereses de la subsistencia. Las mujeres conminaban a la población a unirse a la protesta, cerraban las fábricas, los talleres y tiendas para organizar masivas manifestaciones, pero no actuaban exclusivamente a través del motín, sino que también

---

<sup>12</sup> SCOTT, James C.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003 [1990], pp. 161-182.

<sup>13</sup> SERRANO, Carlos: «Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia Social*, 4 (1989), pp. 21-31, esp. 22.

<sup>14</sup> PÉREZ FUENTES, Pilar: «Mujeres, hombres y mercados de trabajo: estrategias familiares y patronales de distribución de la mano de obra en las minas de Vizcaya 1877-1913», en *“Ganadores de pan” y “amas de casa”*. *Otra miradas sobre la industrialización vasca*, Bilbao, Universidad del País Vasco, Servicio Editorial, 2004, pp. 15-69, esp. 54.

utilizaban eficaces técnicas de apaciguamiento como la súplica, el ruego o el pacto<sup>15</sup>. Estaban al frente de muchos motines antifiscales, tanto en ciudades como en pequeños pueblos. También adquirieron protagonismo en pequeños actos de resistencia, toda una panoplia de acciones menores que constituían la otra cara de los motines. Las más de las veces aparecen en defensa de la casa, haciendo frente a comisiones de embargo, oponiéndose e incluso agrediendo a la autoridad<sup>16</sup>.

La variedad de experiencias existentes tan sólo posibilita plantear algunas hipótesis interpretativas; ni que decir tiene que sería necesario recurrir a estudios locales en aras de una aproximación más rigurosa. Los interrogantes que surgen son múltiples, y no podemos contestarlos todos. ¿En todas las protestas sociales las mujeres tomaban parte motivadas por la conciencia femenina? Por ejemplo, Kaplan destaca la participación de las prostitutas de Barcelona en los sucesos de la Semana Trágica (1909) y afirma que estas mujeres, «auténticas guerrilleras vecinales», eran consideradas «miembros de pleno derecho de la comunidad obrera»<sup>17</sup>. Por su parte, Pamela Radcliff, que ha estudiado el papel de las mujeres cigarreras en la protesta social de Gijón en el periodo de entre siglos, plantea como estas mujeres presentan una paradoja al adolecer de un comportamiento típico de la fuerza de trabajo artesana —«*ethic of mutuality*»— e incorporar una agenda propia de «defensa de los intereses comunitarios», con la asunción de las responsabilidades domésticas —«*the obligation to preserve life*»—, siendo el prestigio conferido por su oficio lo que les brinda el liderazgo de la comunidad<sup>18</sup>. De igual modo, sin ánimo de exhaustividad, hayamos otros ejemplos en lugares tan distantes como el mundo rural andaluz. Díaz del Moral dejó constancia de cómo las mujeres —aunque no se alistaron en los centros obreros— tomaron parte

---

<sup>15</sup> PÉREZ LEDESMA, Manuel: «Cuando lleguen los días de la cólera. Movimientos sociales, teoría e historia», *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120, esp. 83-87. FARGE, Arlette: «La amotinada», en DUBY, George y PERROT, Miguel (dirs.): *Historia de las mujeres...*, pp. 503-520, esp. 510-512.

<sup>16</sup> FRÍAS CORREDOR, Carmen: «Conflictividad, protesta y formas de resistencia en el mundo rural. Huesca, 1880-1914», *Historia Social*, 37 (2000), pp. 97-118, esp. 102-103. LUCEA AYALA, Víctor: *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Zaragoza, Institución Fernando el católico y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005, pp. 219-222. BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: *Protesta y supervivencia, movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008, pp. 198-211.

<sup>17</sup> KAPLAN, Temma: *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península, 2003 [1992], pp. 172-177.

<sup>18</sup> RADCLIFF, Pamela B.: «Elite Women Workers and Collective Action: The Cigarette Makers of Gijón, 1890-1930», *Journal of Social History*, vol. 27, 1 (1993), pp. 85-108.

importante en los tumultos y motines y fueron blanco de las balas de la Guardia Civil durante la oleada de huelgas agrarias que sacudió Córdoba en el Trienio bolchevique (1918-1920). En no pocas localidades, «custodiaban las fuentes y los pozos y rompían cántaros a los esquirolas». En «Puente Genil las mujeres se encargaban, con gritos y denuestos, de arrastrar a la huelga a las criadas de servicio» y, en ocasiones, «las nodrizas abandonaban también las casas de los amos»<sup>19</sup>.

### **Conciencia femenina y obrerismo**

Los hombres de izquierdas habían constatado desde tiempo atrás que las mujeres, a través de los contactos vecinales establecidos en lavaderos públicos, clínicas y comedores, eran su único soporte durante periodos de huelga, hasta el punto que el éxito o fracaso dependía de ellas<sup>20</sup>. Una líder del obrerismo anarquista como Teresa Claramunt tomó conciencia de esta realidad. Nadie como ella, «una joven obrera que apenas había ido a la escuela (y) tomaba la palabra en una tribuna pública y hablaba sobre la emancipación», ejemplifica este llamamiento al activismo femenino desde los marcos tradicionales de mujer-madre. «Si como mujeres somos débiles como madres somos fuertes», clamó en uno de sus primeros discursos. La conciencia femenina aparece inextricablemente ligada a muchos de los discursos anarco-colectivistas; y es que, las mujeres debían «hablar, tomar la palabra» y «apoyar a los hombres en la revolución»; asimismo, también apeló a la solidaridad femenina construida en torno a la maternidad y los destinos compartidos de las mujeres, cuando se justificaba y legitimaba apelando a la «experiencia» como «fuente de verdad» para la acción<sup>21</sup>.

Claramunt fue mucho más allá en su apelación al papel de madre<sup>22</sup>. Durante la huelga general de 1902, en un mitin que tuvo lugar en el Circo Español, en Barcelona, el 16 de febrero, encarnó bien aquello que de ella escribió Federica Montseny, «la palabra lanzada al vuelo, la labor vivida y vinculada a su existencia». Teresa, que estaba embarazada, dándose golpes en el vientre, gritaba «este hijo mío no será un cobarde

---

<sup>19</sup> DÍAZ DEL MORAL, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, Madrid, Alianza, 1973 [1928], pp. 333-334.

<sup>20</sup> KAPLAN, Temma: *Ciudad roja, periodo azul...*, p. 189.

<sup>21</sup> VICENTE VILLANUEVA, Laura: *Teresa Claramunt (1862-1921), pionera del feminismo obrerista anarquista*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2006, pp. 60, 82 y 90-98.

<sup>22</sup> Una lectura cultural acerca de la identidad maternal como fuente de autoridad e influencia en MURARO, Luisa: *El orden simbólico de la madre*, Madrid, Horas y horas, 1995.

como vosotros». Sus formulaciones teóricas adquirieron mayor complejidad anticipando muchas problemáticas abordadas por el feminismo: denunció la «tiranía del hombre (sobre la mujer) por la falta de educación» al tiempo que clamaba contra la «doble jornada» de explotación de las mujeres<sup>23</sup>. En el panfleto “A las obreras del Arte Fabril”, planteaba que las mujeres estaban más explotadas que los hombres al trabajar más horas y cobrar menos salario. Claramunt evolucionó ideológicamente hacia un anarquismo más intransigente y purista, pero nunca terminó de sustraerse de este discurso tradicional, expresión de una doble conciencia de clase y género. Afirmaba que era necesaria una organización puramente autónoma «nuestra, mantenida y dirigida por nosotras»; se reclamaba la reducción de la jornada laboral, aumento de salario, «y más que todo (...) respeto a nuestra dignidad de mujeres y consideración a nuestro estado de madres y esposas»<sup>24</sup>.

El socialismo también apeló a las mujeres en tanto que madres en las movilizaciones frente a la guerra de Marruecos, como señala Marta del Moral. En la campaña de 1910, las mujeres de la Agrupación Femenina Socialista de Madrid (AFSM) tomaron parte apelando en los mítines a la «responsabilidad política de las madres obreras, encargadas de la educación de sus hijos y, sobre todo, de la defensa de sus intereses de clase». Antimilitarismo y anticapitalismo se unía a la propaganda societaria de un discurso que iba mucho más allá de las obligaciones asociadas a la maternidad. En 1936 la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA) articuló un discurso basado en la conciencia femenina para lograr la «unidad de todas las mujeres» contra el fascismo. La lucha en contra el fascismo, por tanto, implicaba la defensa de las «libertades democráticas» como única garantía del derecho de la mujer a «intervenir en la vida social y política del país». Tal y como señala Mary Nash, la organización resaltaba por encima de todo el papel tradicional de las mujeres como madres, «su espíritu de construcción» y «su amor maternal», por lo que siguió considerando a la

---

<sup>23</sup> La reivindicación del acceso a la instrucción y la cultura constituye una constante en el feminismo español según la tesis de CABALLÉ, Ana: *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho*, Madrid, Cátedra, 2013.

<sup>24</sup> VICENTE VILLANUEVA, Laura: *Teresa Claramunt...*, pp. 177-178, 185-198 y 273. Otra insigne anarquista como Federica Montseny reivindicó la maternidad como natural encubramiento de la diferencia femenina —«mujer sin hijos es árbol sin fruto, rosal sin rosas»—; aunque sus novelas dibujaban actitudes mucho más personales y autónomas. TAVERA, Susana: «Federica Montseny o las paradojas de una biografía militante», *Historia Social*, 48 (2004), pp. 111-128.



mujer desde la perspectiva de los papeles tradicionales, sin cuestionar nunca la distribución sexual del trabajo<sup>25</sup>. La continuidad de estos discursos está más que constata, como han puesto de manifiesto Adriana Valobra y Mercedes Yusta. La utilización del rol maternal en pro del antifascismo fue un factor de la movilización y el activismo de las mujeres en los movimientos de Frente Popular y en movimientos comunistas latinoamericanos de los cincuenta<sup>26</sup>.

### **Agencia femenina en la larga posguerra**

Las mujeres de las clases populares desarrollaron múltiples formas de resistencia cotidiana durante el primer franquismo. Las colas de racionamiento eran lugares típicos donde solían producirse tumultos y protestas por la carestía de la vida. Allí acudían, como tradicionalmente habían hecho en el mercado, para proveerse de alimentos. Estas estrategias, lejos de constituir actos heroicos, dan cuenta de una lucha cotidiana por preservar la dignidad, la vida y salvaguardar la familia, como expone Irene Murillo. Las mujeres ocupan el espacio público como una prolongación de sus actividades en el espacio privado y, a través de su acción, evidenciaban la incapacidad del régimen franquista por alimentar a la población<sup>27</sup>. Las autoridades eran muy conscientes de esta realidad. El cinco de agosto de 1940 el alcalde de la localidad de Sos del Rey Católico manifestaba que: «son muchas las quejas que constantemente recibo, y peor aún las correcciones que la impaciencia de muchas mujeres de braceros del campo, me obligan

---

<sup>25</sup> DEL MORAL VARGAS, Marta: «En los márgenes del poder, en primera línea de las manifestaciones obreras: la representación de la militancia femenina en el Partido Socialista (1906-1927)», *Feminismo/s*, 16 (2010), pp. 107-138. NASH, Mary: *Mujer y movimiento obrero en España (1875-1936)*, Anthropos, Barcelona, 1981 pp. 243-247.

<sup>26</sup> Una síntesis de este estudio colectivo puede verse en MCGEE DEUTSCH, Sandra: «Mujeres comunistas de Latinoamérica y España: temas y reflexiones», en VALOBRA, Adriana y YUSTA, Mercedes (eds.): *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2017, pp. 255-272.

<sup>27</sup> MURILLO ACED, Irene: *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013, p. 149. YUSTA RODRIGO, Mercedes: «Las mujeres en la resistencia antifranquista: un estado de la cuestión», *Arenal*, 12, 1 (2005), pp. 5-34. CENARRO LAGUNAS, Ángela: «Visibilización, revisión y nuevas perspectivas: la historia de las mujeres y del género en la dictadura de Franco», en ORTIZ HERAS, Manuel: *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2018, pp. 189-209.

a imponer por los escándalos que al intentar proporcionar la ración a sus maridos y no existir ésta, producen en la puerta de la Expendeduría»<sup>28</sup>.

No en vano, la presencia femenina en repertorios de acción colectiva como el tumulto y el motín manifiesta una extraordinaria continuidad hasta mediados de los cincuenta. Un suceso paradigmático de este cariz se produjo el trece de marzo de 1956 en Maella. El tumulto fue desencadenado por la presencia en el pueblo de un agente ejecutivo encargado de realizar unos cobros a los contribuyentes morosos por el tratamiento de una plaga en los olivares. Tan pronto como se propagó la noticia de que iban a practicarse embargos en los domicilios: «se lanzaron a la calle de manera sorprendente muchas mujeres y chicas adolescentes con el decidido propósito de perturbar el orden público, primero, y después, con ánimo de arrancarle, como fuera, al Agente Ejecutivo, los documentos cobratorios y hacerlos desaparecer de manera más insospechada». La llegada de refuerzos de la Guardia Civil de Caspe hizo fracasar la agresión al agente. Los grupos de mujeres y chicas —ochenta según las autoridades— que habían ocupado la plaza de España del pueblo, se dirigieron con actitud provocativa y con tono insultante. Una de ellas, Pilar Fuentes, profirió gritos conminando al resto «a insultar al alcalde que tiene toda la culpa del pago del tratamiento del arañuelo»; mas, solo consiguió poner fin a la actitud agresiva la suspensión de los embargos ordenadas por el Gobernador Civil y transmitida a las autoridades locales. Si bien tomaron parte en el tumulto personas que carecían de medios económicos —las mujeres habían comentado que, «antes de morir de hambre no dejarían que se les embargasen sus bienes»—, la autoridad también reconocía a personas «que capitanean esa actitud (...) de rebeldía a las normas legales» y que además «están en bastante buena posición económica», por lo que podemos pensar en un sentimiento colectivo de agresión a la comunidad<sup>29</sup>.

### **A modo de conclusión**

Podría plantearse la hipótesis de que esta aceptación consciente de los roles de género por parte de las mujeres, se erigió en fuente de su legitimidad para la acción colectiva y, asimismo, habría una clara continuidad en el sentido de dicha movilización

---

<sup>28</sup> Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Gobierno Civil (GC), Caja A-8797, Exp. 85.

<sup>29</sup> AHPZ, GC, Caja A-8802, Exp. 112.

entre la protesta social no institucionalizada y la encuadrada en el seno de partidos y sindicatos de clase. El punto clave, a nuestro juicio, sería saber mirar con objeto de dilucidar la presencia femenina en la protesta social. Dicha presencia en los conflictos sociales a lo largo del siglo XIX y principios del XX demuestra que las mujeres participaron activamente en la lucha social, aunque no necesariamente desde los mismos presupuestos ni con un papel idéntico al hombre<sup>30</sup>.

Ciertamente, el conjunto de acciones colectivas que hemos examinado no pueden considerarse *strictu sensu* acciones de carácter feminista. Se suele considerar que «el empoderamiento en clave de género solo tiene lugar cuando es construido en el propio sujeto a nivel individual»<sup>31</sup>. Sin embargo, el proceso de conformación de una identidad femenina abre la puerta a consecuciones por las que históricamente ha pugnado el feminismo, es decir, en pro de los derechos, dignidad y reconocimiento de las mujeres. En ese sentido, autoras como Gisela Bock hablaron de un feminismo maternalista, que se sustentaría en el principio de la diferencia sexual. Sería difícil, empero, aplicar la categoría de «feminismo relacional» —definido por Karen Offen como aquella corriente que pone énfasis en los derechos de las mujeres “como mujeres” —en tanto que conciencia femenina de los derechos de género, imperativo moral o derecho natural— y no como concepto individualista de búsqueda de independencia personal o autonomía<sup>32</sup>; ya que el punto de partida de la misma lo constituiría la conciencia de la desigualdad y la subsiguiente articulación de la vindicación.

Se ha señalado, asimismo, como la dependencia de los hombres respecto de las mujeres en la familia, en la comunidad y en el trabajo es tan evidente como la misma subordinación de las mujeres. Como subrayó Sheila Rowbotham, es precisamente ahí, en esos intersticios donde las mujeres han maniobrado y opuesto resistencia. De ahí la necesidad de un enfoque que sea capaz de contar tanto con el conflicto como la asociación complementaria entre los sexos. Hay momentos en que la solidaridad de

---

<sup>30</sup> NASH, Mary: *Mujer, trabajo y familia en España (1875-1936)*, Anthropos, Barcelona, 1983, p. 55.

<sup>31</sup> IGLESIA CABANA, Ana: «En femenino plural. La perspectiva de género en la historia rural», en SOTO FERNÁNDEZ, David y LANA BERASÁIN, José Miguel (eds.): *Del pasado al futuro como problema. La historia agraria contemporánea española en el siglo XXI*, Zaragoza, Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza, pp. 189-208, esp. 204.

<sup>32</sup> OFFEN, Karen: «Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo», *Historia Social*, 9 (1991), pp. 103-135, esp. 117.

clase o raza es mucho más fuerte que el conflicto sexo-género y las relaciones de la familia son fuente de mutua resistencia al poder de clase<sup>33</sup>. Desde una perspectiva contributiva de la historia de las mujeres y el feminismo, cabría interrogarse acerca de si la rebeldía y afirmación de tantas mujeres puede insertarse en una genealogía de empoderamiento feminista. Como señala Amelia Valcárcel, la relación del feminismo con las filosofías de la sospecha hace que éste, en un afán por no dejar incólume ninguna certeza, haya impedido siquiera que los mitos emerjan<sup>34</sup>.

Podemos constatar, no obstante, como la exhibición de la “feminidad” por parte de algunas las mujeres que se lanzaron a la protesta, constituyó un arma que les permitió ocupar un espacio que no era el suyo; en este sentido, su agencia reproduciría el orden de género al mismo tiempo que lo desafiaba. Cabría preguntarse, asimismo, si también puede interpretarse esta identidad en clave de «disfraz político» por cuanto que constituye un instrumento que abre la puerta a dinámicas de politización<sup>35</sup>. En otro contexto histórico, asumiendo el rol maternal tradicional, y los intersticios que ello les brindaba en un marco represivo, las mujeres que constituyeron el movimiento de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo se convirtieron en la principal voz deslegitimadora de la última dictadura militar Argentina<sup>36</sup>. Siguiendo a Gloria Espigado, podría pensarse que «las identidades no preexisten a sus invocaciones políticas estratégicas sino que son construidas en el proceso de ser nombradas y articuladas en un discurso con sentido de intencionalidad manifiesta». La imagen maternalista de la conciencia femenina no deja de responder a un mecanismo de «racionalidad instrumental» que desarrollan todos los movimientos sociales, la de generar imágenes útiles para la interpelación del discurso que los oprime. Por ello, parece constituir una realidad paradójica, aunque sumamente práctica desde la lógica de los actores<sup>37</sup>.

---

<sup>33</sup> ROWBOTHAM, Sheila: «Lo malo del patriarcado», en SAMUEL, Raphael (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 248-256. Sobre la necesidad de huir del relato que situaba a las mujeres como meras “víctimas del patriarcado”, sin incluir otras experiencias se pronunció NASH, Mary: «Nuevas dimensiones en la historia de la mujer», NASH, Mary (ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Barcelona, Ediciones Serbal, 1984, pp. 9-50.

<sup>34</sup> VALCÁRCEL, Amelia: *Feminismo en el mundo global*, Cátedra/Universitat de València, Madrid, 2008, pp. 144-146.

<sup>35</sup> SCOTT, James C.: *Los dominados y el arte de la resistencia...*, pp. 235-236.

<sup>36</sup> GORINI, Ulises: *La rebelión de las Madres, historia de las Madres de Plaza de Mayo*. Tomo I. 1976-1983, Argentina, Grupo Editorial Norma, 2006.

<sup>37</sup> ESPIGADO TOCINO, Gloria: «Preparando el camino de la emancipación: voces críticas y acción colectiva femenina en el siglo XIX», en PEIRÓ MARTÍN, Ignacio y YUSTA

---

RODRIGO, Mercedes (eds.): *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 85-113, esp. 95-96.